

Fran Álvarez

Ha Pasado un Ángel



Prólogo de José Antonio Segovia O.P.





Fran Álvarez Charneco

Hay una forma de amor que está mucho más allá de lo físico y de lo espiritual, de los labios y del alma. Es una clase de amor que te arranca los gemidos más hondos, que te eleva, que te hace parecer más hombre, que te hace sonreír y jugar entre los pliegues del Corazón de Dios. Amor que no engaña. Eterno. Que podría ser un amor parecido a un hermoso milagro o al esbozo de un niño llamado Miguel Ángel.

Este libro cuenta la historia de su vida.
Una sencilla y tierna historia de amor y de ángeles.

HA PASADO UN ÁNGEL

Fran Álvarez Charneco

"Cuando pasan los ángeles, se hace el silencio...

¡Ha pasado un Ángel!... Decimos cuando hay calma, sosiego, paz. Quizá dure apenas unos pocos segundos. O, tal vez, unos cuantos años. ¡Qué más da!, el caso es que, cuando ocurre, se nos hace noche de balcones abiertos. Con un cielo inmenso salpicado de luces y una luna tan grande que ni siquiera cabe en la mirada. Noche clara. Serena. Para enamorarse perdidamente...

¡Ha pasado un Ángel!... Decimos. Y hay que volverse para mirarlo. Porque sólo ocurre una vez en la vida. O un millón de veces en cada instante. Es fugaz. Arrebatador. Y va dejando a su paso una estela que podríamos confundir con algo parecido a las manos de Dios..."

Aquel 29 de mayo de 1966, los gallos del sur cantaron más fuerte que nunca. Ascendían con sus sonidos hacia todas las latitudes posibles e imaginables para que todos despertaran, para que nadie quedara dormido o naufragado, para que nada sucumbiera al sueño o al escalofrío. El primer sol de la mañana entraba por los ángulos más cerrados para abrirse paso entre los bordes oblicuos del vértigo probable de la felicidad. Más primavera, si cabe, colándose a raudales entre dolores de parto, piernas abiertas y sangre a punto de florecer. Ya no cabía la demora o la mirada esquiva. Ya no. Era un hecho consumando. Había que sufrir empujando, sucumbiendo,... derramándose. Tal vez algún alivio de oxígeno que calmara, entre grito y contracción, para apretar de nuevo las manos contra la barandilla helada de aquel potro desbocado. Parto dolido. Como parían antes las madres. Sudor frío, crujido. Naturaleza estallando. Que partía, que dolía. A escasos centímetros del arrebató y a corta distancia de la inconsciencia...

Trepaban los azules luminosos sobre la figura entrecortada de aquel viejo y destartado hospital militar. Pasillos abarrotados de gente entre viejas cristaleras cuarteadas y olores a rancia naftalina. Ancianas monjas llevando en sus manos jeringas de cristal recién hervidas o cuñas de chapa blanca en las que se podía observar alguna que otra lasca de óxido desinfectado. Rosario a la cintura. Anchas y oscuras gafas caídas sobre la nariz. Manguitos en los brazos. Y un Padrenuestro, una Salve, o un quién sabe qué, rezado muy bajito, como entre dientes, camino de los quirófanos y precediendo a un cortejo de comandantes o coroneles médicos de mirada serena y voz profunda, de sien plateada y manos curtidas...

Soldados, con descoloridos pijamas celestes, que hacían su milicia en el trastero del infortunio, porque habían caído enfermos o habían sido víctimas de algún desgraciado accidente. Viejos y empapados lobos marinos, incombustibles pilotos de antiguos bombarderos, testarudos generales de una infantería demasiado histórica y renqueante, encorvados comisarios de policía de pitillos en comisura y ojos avizores, desahuciados exploradores de una legión excesivamente africana y ruidosamente orgullosa. Todos andaban por allí, malviviendo o, posiblemente, acabando. Todos esperando con urgencia saldar alguna deuda pendiente con su próstata o intentando arreglarse una antigua y maldita hernia. Todos allí, perdidos entre aquellos cuidados jardines centrales de

acacias, alberos, rosas, cipreses, verdes, lilas, huellas y... futuros estancados.

El cuerpo de guardia franqueaba la entrada principal tras la barrera chirriante y se situaba en todas las garitas visibles e invisibles de aquel blanqueado hospital a las afueras de Sevilla. Vigilando lo imposible en aquella frontera del dolor.

Todo un cuadro encantado de una época casi olvidada. No faltaba nadie. Ni tan siquiera la flotilla de desconchados autobuses amarillos que cada cuarto de hora dejaban o recogían, en la explanada cercana, otros sentires, otras herencias, otras lágrimas. Nadie escapaba. Todos confluían, a destajo, con su carga de historias, de cruces insoportables que se iban hundiendo, irremediamente, sobre sus vencidas espaldas.

Y allí, en la sala de partos, comenzaba una hermosa historia más allá del amor o de cualquier punto de referencia. Carmela, una sencilla, pero extraordinaria mujer, paría, dolida y sola, a su tercer hijo varón.

Félix, su marido, no pudo llegar a tiempo. O quizá lo avisaron demasiado tarde...

A las once de la mañana de aquella enorme primavera, el llanto de un niño fue ocupando lentamente los espacios venideros de un montón de corazones aún extraños y lejanos...

La historia de la humanidad volvía a señalar en rojo un nuevo apéndice en sus anales de locura. Nadie aún podía saberlo ni imaginarlo. Era el circo de la vida. La ruleta traicionera que

embauca, que descoloca. El proyectil dirigido al centro de la fortaleza de los sentimientos. La mano que se esconde. La piedra certera.

Detrás de la puerta de paritorios, la Vida y la Muerte sellaban el pacto de una cómplice tregua con un miserable apretón de manos.

La sangre ya había florecido y los sudores, ahora, sonreían sobre el vientre desnudo de la madre. El recién nacido comenzaba a adivinar fragancias mucho más allá de las delicadas membranas que cubrían sus aterciopelados ojos negros.

Los gallos callaron para dar paso al reloj imparable de las divinidades. A ese tiempo cruel de la tragedia...

-¡Es un niño precioso, Carmela! -La voz de la matrona despertó de su sueño a la mujer que, en ese momento, acariciaba la frente húmeda de su hijo.

-¿A que sí? Tan sólo le pido a Dios que sea feliz toda su vida. Carmela cerró los ojos y apretó al bebé, con suavidad, sobre su pecho desnudo. El toque de corneta dibujó el ocaso de la tarde en adormecido satén. Una taza de caldo caliente reconfortó la descarnada garganta de la madre tras muchas horas de jadeo y sufrimiento.